

Religiosos en Israel: un sitio para descubrir el Reino

Proseguimos la publicación de textos de reflexión a partir del tema de nuestro próximo Capítulo general: “El Reino de Dios está cerca” (Mc1, 15). Vivir y anunciar la esperanza del Evangelio”. He aquí el aporte del P. Jean-Glory Mukwama Luwala, en comunidad en Jerusalén.

Leemos en nuestra Regla de Vida, en su primera parte: “*Los Asuncionistas somos religiosos que vivimos en comunidad apostólica. Fieles a nuestro fundador, el P. d’Alzon, nos proponemos, ante todo, trabajar, por amor de Cristo, en favor del advenimiento del Reino de Dios en nosotros y alrededor nuestro*” (RV n 1).

Dos artículos después, encontramos estas otras afirmaciones: “*La comunidad asuncionista existe para el advenimiento de Reino. El espíritu del fundador nos impulsa a hacer nues-*

tras las grandes causas de Dios y del hombre, a hacernos presentes allí donde Dios está amenazado en el hombre y el hombre amenazado como imagen de Dios. Tenemos que dar pruebas de audacia, iniciativa y desprendimiento, guardando fidelidad a la enseñanza y a las orientaciones de la Iglesia. Es nuestro modo de participar en su vida y en su misión. Fieles a la voluntad del P. d’Alzon, nuestras comunidades están al servicio de la verdad, de la unidad y de la caridad. Así anuncian el Reino.” (RV nn. 4-5). !

Todo está dicho ; Estamos sin duda ante una auténtica “carta de identidad” de la Asunción, cuya foto de carnet no es otra que el Reino de Dios.

Esta carta dice de modo resumido todo cuanto somos y deberíamos ser en realidad. Nos subraya igualmente la tarea más noble, y también la más ambiciosa y delicada que tiene asignada nuestra pequeña familia en el seguimiento de la misión de Jesucristo, poniendo en evidencia en tema del Reino. Este Reino es el Reino de Dios. Como se puede notar es de orden escatológico. Eso podría hacer pensar en una realidad abstracta. La presente reflexión, sobre el tema del Reino de Dios en línea con mi experiencia apostólica, se articula en tres puntos. En primer lugar se tratará de un breve pasaje en las Escrituras para poner de relieve algunos aspectos del Reino que considero importantes para la comprensión de nuestro carisma. El segundo tiempo presentará algunos acentos de mi misión en Israel al servicio del Reino. En último lugar haré algunas consideraciones sobre una eventual lectura del ART en la perspectiva del 34º Capítulo general en el horizonte de 2023.

El Reino de Dios: respuesta a la crisis del pueblo de la Alianza

El tema del Reino de Dios atraviesa de punta a punta el conjunto de la Biblia cristiana. Lo encontramos tanto en el primer testamento como en el segundo, hasta el punto de constituir el centro mismo del mensaje bíblico. Se muestra como el desenlace de una reflexión teológica judía de la época exílica y postexílica sobre el destino del

La «escalera santa» de San Pedro en Gallicante, Jerusalén.



mundo y el final de la historia. El contexto del destierro de Babilonia ha sido propicio al mismo tiempo para tres corrientes literarias judías – el profetismo (Jeremías, Isaías), la apocalíptica (Ezequiel, Zacarías, Daniel) y las corrientes sapienciales (Proverbios, Sirácida, Sabiduría)– que han elaborado cada cual una doctrina escatológica para explicar y comprende los acontecimientos históricos que se abaten sobre el pueblo de la Alianza. Así, la visión del Reino de Dios interviene en respuesta a la crisis que atraviesa Israel en el momento del destierro de Babilonia, donde el pueblo de Dios queda despojado de sus Instituciones: tierra, templo, rey. Esta situación le obligará a la reconversión hacia la Torah que deberá orientar toda su esperanza mesiánica y fundar todas sus esperanzas en un futuro mejor.

En cuanto al profetismo, la escatología toma su lugar en la historia. Los acontecimientos futuros adquieren una significación cósmica, y los actos de Dios en la historia determinan la experiencia histórica del pueblo: Dios, a través del Mesías. Procederá a la liberación de los deserrados que volverán a reconstruir la nueva Jerusalén.

En cuanto a la apocalíptica, por el contrario, la escatología es una visión pesimista de la historia. En esta perspectiva, la destrucción del cosmos inaugura un nuevo orden de la creación que es nada menos que el Reino de Dios. Es decir, Dios juzgará a la historia y el final de esta última marcará el momento de la redención o el día del “Hijo del hombre”. Sin embargo este nuevo reinado se establecerá aquí en la tierra.

La literatura sapiencial, por su parte, sostiene que el cosmos refleja la sabiduría de Dios. La historia se ha alejado de Dios por el pecado del hombre, que ha introducido una tensión entre el cosmos y la historia. Pero la creación le ha continuado fiel. La creación no siendo el inicio de la historia sino su criterio de juicio, la historia está obligada al final a integrarse en el orden cósmico de la creación. Lo cual significa que, según la escatología sapiencial, las fuerzas de caos estarán sumisas a Dios. De ello resultará un mundo nuevo en que Dios reinará por siempre, y una nueva toma de conciencia para el hombre que se hace sabio y justo por imitación del Logos, su prototipo. Eso es el reino de Dios.

En esta oscilación entre el “ya presente” y el “todavía no” del Reino de Dios en la historia, conviene colocar la actividad misionera de Jesús y su predicación del Reino. El evangelio de Lucas es un excelente testigo de esto, que declina perfectamente el Reino de Dios en tres dimensiones: un reino presente, un reino dinámico y un reino futuro. En primer lugar, en Lucas, Jesús asume tres títulos que las promesas y la tradición veterotestamentaria atribuían al siervo de Dios por quien vendrá el reino de Dios: es llamado “Mesías de Dios” (Lc 8,20; 2,22-32), “Hijo del hombre” (Lc 17, 24-26), es juzgado “justo ante Dios y los hombres” (Lc 23, 13-15). Eso significa que en la persona misma de Jesús, el Reino de Dios se hace presente en la historia (Lc 4, 16-26). Su entrada en nuestra humanidad inaugura en realidad el reino nuevo. Por otra parte, la enseñanza de Jesús, su triunfo sobre Satán, sus

milagros y los de sus discípulos luego, son también signos de la presencia misma del Reino (Lc 7, 22. Cf. Is 26, 19, 29, 18s; 35, 5-6; 61, 1).

Luego, Lucas presenta el reino d Dios como una realidad dinámica en el corazón de los creyentes: El Reino sembrado mediante el anuncio del Evangelio trabaja el corazón de los cristianos haciendo gestos proféticos que son pruebas de un Reino latente en el tiempo. Jesús dirá: “*El Reino está dentro de vosotros*” (Lc 17,20-21). Mediante su pasión, su muerte y su resurrección, Jesucristo ha hecho a la tierra así como las almas de sus fieles fértiles para llevar el grano del Reino que crece sin esfuerzo de su parte. La parábola del grano de mostaza y de la medida de levadura (Lc 13, 18-21) subraya esta pasividad del hombre en el crecimiento del Reino en él y a su alrededor. Se trata de abrirse a la providencia. Lucas nos revela también que nuestra propia conversión a Jesús, concurre a apresurar el Reino en nosotros (Lc 23, 42).

Finalmente, a través de expresiones tales como “*Venga tu Reino*” (Lc 11,2), “*El reino de Dios está cerca de vosotros*” (Lc 10, 9.11; 21,31), “*Felices los invitados al festín de Reino*” (Lc 13, 28-29; 14,15,22, 16.18; 22, 28-30), el Reino de Dios se destaca sobre un horizonte en que la venida del Mesías en la historia no ha sido sino el momento inicial, poniendo en marcha un proceso que se completará en la parusía (cf. Rm 8, 18-19). Estamos, pues, todos embarcados en esta espera activa de que se establezca al fin este Reino prometido a los fieles de Jesucristo.



P. Jean-Glory Mukwama Luwala, Fr. Joachim Hung y Fr. Cezar Andrei

Apóstol para el Reino de Dios en tiempo, en destiempo y en entretiempos...

En la espera del cumplimiento del reino de Dios, los fieles de Jesucristo siguen estando en este mundo de los signos y de los fermentos del Reino. Es lo que creemos ser cuando nos decimos obreros del Reino y hombres de nuestro tiempo. Si el hecho de ser signos nos hace pasivos en la obra del Reino que se cumple en nosotros, nuestra virtud en tanto que fermentos diluidos en el mundo y en la Iglesia, debería caracterizar nuestro obrar, que sirve para henchir la masa del Reino a nuestro alrededor. Para ello hemos de dar constantemente pruebas de conversión personal y comunitaria, de audacia y de inventiva en la búsqueda de las prioridades del Reino en cada época de la historia que habitamos.

Religioso en misión en Israel, puedo hoy definir el Reino de Dios apoyándome en la cita paulina: *“El Reino de Dios no es comida ni bebida, es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”* (Rm 14, 17). El mundo que poco a poco voy descubriendo, necesita esta alegría, signo de la presencia

del Reino. Una alegría que trae la paz y que no se conquista sin esfuerzo de justicia. Tal es quizá la gran causa de Dios y del hombre para nuestro tiempo. Nuestra tarea en la construcción del Reino que viene, anticipa al mismo tiempo los atributos de este reino en la vida de los hombres y las mujeres a quienes somos enviados. Este reino sembrado pacientemente está destinado a crecer, a hacerse un gran árbol que abriga bajo su sombra a los pájaros del cielo. La lógica del Reino es, pues, concreta. No consiste en hacer brillar un porvenir hipotético y no cuenta con hombres atípicos, sino que une a laicos y religiosos al servicio de la misma causa: Dios y el hombre.

No podría decir que es en Israel donde descubro el Reino. Tal realidad presente y también futura, el Reino de Dios está actuando en la experiencia de vida de cualquier cristiano, se encuentre donde se encuentre. Pero, viviendo en un contexto bastante particular de mi enraizamiento apostólico, descubro sin embargo el alcance de ciertos aspectos contemporáneos del carisma de la Asunción: el diálogo entre los pueblos y las religiones, el espinoso problema

de la acogida del extranjero, las cuestiones relativas a la verdad, la justicia y la paz... Sin olvidar las relativas a la misión evangelizadora, a la preservación y la integración de la creación. Yo vengo de la República Democrática del Congo, sobre la que pesa una guerra impuesta injustamente a causa de las riquezas de su suelo y su subsuelo, y habito una tierra “santa” en que la unidad y la paz son el único porvenir viable: ello me lleva a preguntarme sobre la pertinencia de nuestro carisma como obreros al servicio del Reino y sobre las razones que nos empujarían a mantener nuestra presencia aquí o en otra parte.

Mi experiencia apostólica entre las familias de los migrantes en Israel me hace tocar los límites de los hombres y mujeres, adultos y adolescentes expatriados, para los cuales, el acceso a la tierra, al techo y a un trabajo digno es la preocupación cotidiana. Ellos también esperan el Reino. Más aún, las condiciones de vida de las minorías de las comunidades cristianas presentes en Tierra Santa y los efectos colaterales del conflicto israelo-palestino me llevan a pensar que nuestro siglo asiste a una nueva forma de mi-

gración que calificaría de “migración interna”: seres humanos desterrados en su propia tierra, en que viven encerrados en muros de separación, en se ahogan y se enferman. Otros pueblos del planeta atraviesan semejante experiencia. A estos pueblos somos enviados para ser, mediante nuestra presencia sacramental, testigos y fermentos del Reino. Ciertamente que no podemos hacerlo todo. Sin embargo nuestro compromiso cotidiano en cuanto obreros de la ciudad de Dios, consiste en seguir atentos a las causas prioritarias de Dios y del hombre. La causa por la justicia, la paz y la unidad. Posiblemente, es ahí donde el Señor nos espera.

Emmanuel d’Alzon nos ha precedido. Una mirada histórica sobre nuestros orígenes en Tierra santa nos remite a nuestro venerado fundador. Sabemos que estuvo a punto de comprar el Cenáculo para hacer un seminario destinado a formar sacerdotes sirocatólicos con el fin de superar el cisma mediante el acercamiento entre Oriente y Occidente. Tras un gran rodeo por medio de nuevas fundaciones en Bulgaria, la Asunción terminará por poner pie en Tierra santa, mediante el trabajo de las peregrinaciones de Notre Dame de Salut (1882), que dieron pie a la fundación de Notre Dame de France (1887) y san Pedro en Gallicantu (1931).

Hoy, la Asunción no tiene que avergonzarse de su pasado en Tierra santa. Nuestros mayores han trabajado según su gracia, por el advenimiento del Reino de Dios a esta tierra que ha recibido la primera, el mensaje del Reino. En nuestra misión de hoy, queremos ser, al mismo tiempo, fieles al carisma de la Asunción y here-

deros de los fundadores. Nuestro proyecto comunitario ha abierto la posibilidad de un hogar interreligioso de estudiantes en San Pedro en Gallicantu. Esta nueva experiencia podrá cristalizar en los días que vienen en un centro de intercambios sobre el ecumenismo y el diálogo interreligioso. Es nuestro modo de hacer vivo nuestro carisma al servicio del Reino y trabajar para revitalizar la Misión de Oriente.

La Asunción en el mundo actual ¿para qué misión?

¿Qué nos queda por hacer? Hace 16 años, reexpresábamos nuestro carisma mediante aquella orientación fundamental que nos definía como hombres de comunión, proponiendo la fe y solidarios con los pobres. Hace un decenio, hemos reiterado la fidelidad a Emmanuel d’Alzon para el advenimiento del Reino. Hace poco hemos vertido vino nuevo en odres nuevos con el fin de que Jesucristo hable a los hombres y a las mujeres de hoy. Ahora bien, nuestro mundo sigue dividido. El individualismo, el etnocentrismo, el nacionalismo extremo y la obsesión por la propiedad, rechazan el valor del bien común, el deseo de vivir juntos y dificultan bastante nuestra comunión.

Ya que el Reino, así lo profesamos, debe extenderse ante todo en nosotros antes de llegar a las periferias existenciales de nuestro mundo, se trata de promover una Asunción misionera de modo que se evite una fragmentación identitaria. Una Asunción intrínsecamente unida en torno a Jesucristo para enfrentar como un cuerpo los desafíos del mundo presente. Creo que es aún tiempo de reevaluar los logros de los capítulos generales precedentes

para, por una parte, progresar de modo más concreto en el tajo ya iniciado de la unidad en la misión, del ecumenismo y del diálogo interreligioso, y por otra parte, profundizar y hacer más visible nuestro compromiso apostólico sobre cuestiones de justicia y paz, de ecología y de comunicación que deberían explotar al máximo las posibilidades que ofrece el continente numérico.

Acabamos de celebrar los 175 años de fundación, tímidamente a causa de la pandemia ya que el Covid-19 ha sacudido nuestras prioridades, nuestros modos de vida y de pensar. 175 años después, casi dos siglos, el mundo ha evolucionado mucho, la Iglesia y la teología también. ¿Vamos a querer, pese a todo, aplicar los remedios de entonces a los problemas del mundo de este tiempo? No se trata de cambiar radicalmente o literalmente la intuición del fundador. Pero ¿al decirnos hombres de nuestro tiempo, hacer que la Asunción de hoy – bebiendo de su carisma vivo, por supuesto, - sea capaz de mantener todavía su proyecto apostólico de modo mucho más completo, discerniendo las múltiples facetas del hombre de hoy en que ocultan esperanzas de un mundo nuevo? He aquí lo que inspirará los posibles lugares de trabajo a explorar, a la espera de que se establezca definitivamente el Reino de Dios. Estos son los retos que asumir entre tantos otros, que esperan al próximo Capítulo general: le toca justificar su razón de ser, mediante la pertinencia de nuestra acción apostólica en el mundo de este tiempo.

P. Jean-Glory MUKWAMA LUWALA
(San Pedro en Gallicantu,
Jerusalén)